

EL CUENTO DE NOGALES

Aún tiemblo de la emoción que me produjo su lectura. Por las nobles cualidades que lo avaloran, el cuento de Nogales, obscuro periodista provinciano, merece cien veces el premio que lo ha otorgado El Liberal por mediación de tres ilustres académicos, honra, cada cual a su modo, de las letras patrias.

No se sabe en él qué admirar más: si lo oportuno y elocuente de la moraleja, lo sobrio del estilo, lo elegante y castizo de la dicción ó lo ingenioso del argumento. Obra de un verdadero literato, amantísimo en lo clásico y nutrido en el amor á su tierra, á la vez que nos sorprende y encanta, nos muestra á los jóvenes, burla burlando, el único sendero por donde se va á alguna parte.

Las tres cosas del tío Juan, el Plantao, son todo un programa, como ahora se dice, para los jóvenes que en España tratamos de ganarnos un nombre y un pedazo de pan. Ninguna de las tres debemos echarla en saco roto, ya que nos enseñan que para ser fuertes y grandes y merecer la gloria, hay que curtir el cuerpo al aire y al sol, templar el espíritu en las serenas aguas del estudio, y enderezar la voluntad á los fines más altos.

Tampoco debemos echar en olvido los jóvenes españoles que emborronamos cuartillas, las tres cosas de José Nogales y Nogales: Ingenio, conocimiento del idioma y buen gusto.

Dios se las conserve largos años al modesto escritor onubense, á quien no quiero calificar hoy de ilustre ó notable ó genial, y á quien me complazco en enviarla desde aquí, aunque no tengo el gusto de conocerle, y aunque apenas me llamo Pedro, mi más cumplida y entusiasta enhorabuena.

PEDRO ANGEL

Á ESPAÑA

Como despierta el sol entre crespones, tú, patria amada, un día despertaste, y en solemne ascensión te levantaste por encima de bárbaras legiones.

En un espacio azul sin nubarrones con tu imperial diadema destalabrada, y con los Austrias al empuje, empezando á caer con los Borbones.

Mas qué importa; tu gloria extraordinaria eterna ha de vivir en tu recinto. Y encima de tu losa funeraria, luces, como trofeos deslumbrantes, el casco que cingiera Carlos quinto al lado de la pluma de Cervantes.

ALVARO DE LARRODER

JUVENTUD

Cuando á Zedu se le ocurrió decir que la juventud literaria pretende atribuirse que no merece, y Vaumonde le replicó que los jóvenes reclaman menos de lo que merecen, salí con mejor intención que acierto á la palestra defendiendo á esa juventud en carta dirigida á Federico Urales, que publicó el Progreso. Bien sabe Dios que el único mérito de aquella obra es que yo me acordé, no era otro que el de la sinceridad. Juan Diga (seudónimo de un discreto periodista de Gijón) me contestó, desde las mismas columnas de aquel diario, elogiándome por aquella débil muestra de mi irremediable simpatía por los neófitos.

Semejante simpatía tiene, no obstante, sus momentos de obscuridad, lo confieso. No diré que me inclina á rectificar mi opinión sobre este punto, haciendo buenas ciertas apreciaciones del distinguido autor de Paz en la guerra; pero sí he meditado muchas veces sobre lo enderezado por Olin á los jóvenes apreciables que fan la notoriedad, entre otras cosas poco serias, á una despreocupación malsana, y dan en el poco halagador prurito de ofrecernos obras... lábricas. Por ahí, casi le devolvería el aplauso al benévolo escritor montañés, porque hay momentos en que, francamente, vacilo en mis creencias sobre el particular.

La juventud intelectual de España, ó no ha parado mientes en el camino verdadero que se debe emprender, ó es tan escéptica que se ríe de pavorosas contingencias. Atravesamos uno de los períodos más crueles que puede atravesar país alguno; nos hemos visto abocados á un cataclismo, y nos vemos aún al borde de un precipicio. Si los viejos, los empujados en el trabajo de pensar, observar y gobernar flaquean (acaso por el temor propio de la previsión), los que ascienden, los llamados, por razón natural, á renovar la savia de la vida, se dejan los entusiasmos... sin duda para mejor ocasión.

Tal estado de inercia, esta falta de fe y esta carencia de entusiasmo, no obedecen á la idiotencia ni á la común manera de ser de la juventud, sino á una que podríamos llamar infección. No hay arranques, porque hay egoísmo. Desde que la dimos en llamar quijote al que se permite el lujo de tener ideales, la virilidad, el desprendimiento, el ardor propio de las almas templadas en un fuego sagrado, se toman por cosas de mal tono, son defectos, no cualidades.

Estuvo en moda el romanticismo, como va siendo moda el modernismo, verbigracia, otra afectación que, no por ser más ó menos pasajera, deja de causar estrago.

La singularidad es una epidemia muy contagiosa. En filosofía, en arte, en política, en todo, apunta la comeción de la novedad. Y hay gentes que confunden ésta con el verdadero progreso. Una pseudo-ciencia y una pseudo-filosofía, más que originales estrambóticas, y tal vez más que concienzudas disolventes, enamoran á la juventud intelectual, denotando una finalidad espontánea: el aniquilamiento. Lombroso, Max-Nordau, Nietzsche... ¡Qué cúmulo de sublimidades perturbadoras!... ¡Qué de sombrías cuanto sabias inquisiciones, consecuencias y premisas!... Ciencia desconocida y filosofía rara, fundando acaso la virtualidad en la demolición.

Si en todos los órdenes de la vida el descubrimiento de la absoluta verdad tuviera que ser el hallazgo de una total negación ó de un aterrador desencanto, yo preferiría acariciar una quimera.

Profeso la máxima de que todo lo que no es sencillo es falso. La artificiosidad, patrimonio de la sinrazón, no me place. La obra más portentosa, más intensa, más profundamente humana y grande en todos los sentidos, es la ley del Sinaí. Las parábolas de Cristo son el compendio de algo maravillosamente fecundo.

\*

montañas de agua, llegan á la goleta y salvan á sus tripulantes.

Han visto la muerte en cien momentos, pero han salvado de ella á aquellos infelices.

El guerrero pelea por la gloria, el marinero de mi país por ejercer la más sublime caridad: lucha el primero por la patria, el segundo por todos sus semejantes.

Si muere el guerrero, hay para él coronas, y pensiones para los suyos; si sucumbe el marinero, le cobija una cruz de madera, mientras los suyos imploran una limosna.

L. T.

LA PRIMA JUANA

DE LA NOVELA PRÓXIMA Á PONERSE Á LA VENTA. ORIGINAL DE D. JOSÉ DE ELOLA AUTOR DE EL CREDO Y LA RAZÓN Y DE EUGENIA, PUBLICAMOS EL SIGUIENTE FRAGMENTO:

A CASCAJOSA

Por si eran poco espesas las sombras en que se arrebujaba aquella noche sin luna, densos nubarrones tendían su negrura sobre el solitario páramo, cruzado por la vía férrea, impidiendo que á la tierra llegara el más tenue rayo de la luz de las estrellas. Suelo, espacio y cielo, hallábanse envueltos en profundísimas tinieblas: tan impenetrables, que ni era posible divisar un hombre á dos pasos de distancia, ni aun ver el sitio donde los propios pies se apoyaban.

Era una noche de Mayo que más bien parecía de Febrero; corría vienteillo, penetrante y húmedo, cargado de emanaciones de tierra mojada, efluvios aromáticos que el suelo despidió cuando, después de pertinaz sequía, se esponja con la lluvia, y entreabriendo sus poros, deja escapar por ellos refrescante vaho, que al esparcirse por el aire, lo impregna de balsámico olor indefinible, que ensancha los pulmones, convidando á respirar á bocanadas aquel aliento suave y bravo á la par: suspiro amoroso que, al depositarse con las nubes, lanza la madre tierra cuando se siente penetrada por el agua que en su seno fecunda las semillas que serán árboles, flores ó frutas; ambiente en el cual flotan confundidos los gérmenes de todos los perfumes, de donde cada flor saca un aroma distinto que su hermana, fragancia donde en embrión residen todas las fragancias.

No se oía otro ruido que el leve fluir de la corriente de un arroyo no muy cercano; pero tan débil y apagado, que antes que para turbar aquella quietud, servía para hacer más perceptible la impoquente calma de la Naturaleza, no interrumpida siquiera por el roce del vienteillo en las hojas; pues en aquel desierto, no encontraba un solo árbol con el que tropezar pudiera.

Las dos de la madrugada serían cuando un lejano y sordo rumor, aún más suave que el deslizarse del agua, vino á unirse á éste; pero en lugar de proseguir como el monótonamente uniforme, arrullando más bien que perturbando el hondo sueño de la noche, fué creciendo y creciendo cual trueno resonante, no en las alturas de las nubes, sino que, con fragor cada vez más seco y entrecortado, rodara con precipitación alocada por la extensa llanura.

Rasgó el aire estridente silbido, y en todos los ámbitos del llano, conmovidos ya por el bronco retumbar, repercutieron las violentas vibraciones de aquellas notas agudas.

Coincidiendo con la ruptura del silencio, desgarráronse las tinieblas: de la obscuridad surgió en lontananza un punto luminoso, errante estrella que avanzaba vertiginosamente; más abajo un resplandor rojizo parecía incendiar la tierra al paso de un gigantesco monstruo de abrasadas entrañas, cuyos pies rebullían presurosos en medio de los igneos destellos de una lluvia de chispas de fuego; cuyo obscuro cuerpo, iluminado por numerosos ojos repartidos á lo largo de él, se prolongaba á lo lejos, y en cuya cabeza de apocalíptico unicornio, suelta cabellera que el viento se mecía, ondulaba, flamígera unas veces, negruzca otras, surcada por hebras de fuego que se apagaban en la lejanía.

Creció el ruido, aumentó la luz, haciendo más intensas las tinieblas que surcaba, y llegó á hacerse atronador aquel.

Moderó el tren su velocidad, aminóse el retumbar del piso, cesó el ensordecedor traqueteo de ruedas y vagones, y haciéndose menos frecuentes y más prolongados los recios respaldos de la locomotora, parecieron fatigosos estertor del coral de vapor que, como para desahogarse de su loca carrera, escapaba por las válvulas blanquísimos chorros de agua vaporizada.

—Molijene, un minuto. Se abrió una portezuela, dibujando en la sombría masa del tren un jirón de luz, que viniendo á caer en el suelo, señaló en él un rectángulo prolongadísimo, alumbrado con mayor intensidad en la proximidad de la vía, y cuyo brillo, decreciente conforme se alejaba de ella, amortiguábase con la distancia: extinguiéndose poco á poco, pasando de débil resplandor á difusa claridad, más allá transformada en penumbra que moría al cabo en oscura sombra.

Apareció un bulto en la portezuela, y rápidamente descendió al suelo cerrando aquélla. Volvióse á derecha é izquierda sin conseguir ver sino la mortecina claridad del farol del guardabarrera, anunciador del nombre del paraje donde el tren se había detenido y del tiempo de la detención, y comenzó á gritar:

—Manuel, Manuel. —Pero su voz fué oscurecida por el silbido de la locomotora, el resoplar del vapor, rechinar de hierros y crujir de maderas con que el correo se ponía nuevamente en marcha. Creció el estrépito con la velocidad, disminuyó después con la distancia, fueron amortiguándose las luces á lo lejos; y cuando éstas ya no brillaban sino como brillantes puntos próximos á extinguirse, y aquél se transformó en confuso run-run apenas perceptible, volvió el viajero á repetir la llamada, pero inútilmente, pues nadie respondió á ella.

—¿A que ese maldito se ha dormido y se larga? ¡Manuel, Manuel! Ni más ni menos, se fué con las maletas. Y la noche está bonita como hay Dios. ¿Pero no habrá aquí alma viviente que me espere y me diga si quiera dónde he de poner los pies para no romperme la crisma en esta obscuridad? ¡Eh! ¡El del farol! Buen hombre. ¡Por los clavos de Cristo! Venga acá, que no me veo la punta de la nariz y no hago sino dar tropezones y traspies. ¡Por vida del

demonio! ¡Maldito pedrusco! Por poco me rompo la espinilla. Precioso lugar para parar un tren y soltar los viajeros á media noche.

—Allá voy, espere una miaja—gritó el del farol, que avanzaba rastreándolo cerca del suelo para alumbrar el sitio donde había de sentar el pie.

—Ese debe de ser el que vió usted á buscar, señor Juan—dijo á un bulto que á su lado marchaba;—porque á estas horas nunca se apea aquí nadie.

En esto llegaron ambos junto al recién llegado, y el acompañante del guardabarrera tomó la palabra.

—¿Es usted el señor Marqués?

—El mismo. ¡Gracias á Dios que encuentro á alguien!

—Yo soy Juan; y he venido pa lo que el señorito quiera mandarme y pa llevarle al lugar en el coche.

—Pues andando. No te había conocido, hombre. Claro, no se ve gota. Pero vamos pronto.

El señor Marqués tié que tener una poca paciencia, porque en tan y mientras no claree, no se pué andar por esos caminos. Al Ramblazo se lan hinchao los morros (misté, misté cómo gruñe allá abajo), y el hijo de mi madre no se mete con la tartana en el vado sin ver mu claro pa no tener un desavío; y menos llevando al señorito.

Es un sin fin de agua la que ha caído esta tarde. ¡Cá, si eso no tié fin ni cabo! Dende el día de San Lucas, cuando nació la señorita, no he visto yo al Ramblazo tan señorón como va hoy.

—De modo que nos vamos á quedar aquí en medio hasta que amanezca. ¡Hermoso porvenir!

—Eso, no señor. Nos cobijaremos en el molino que está aquí al lado. El apaño no es mu gueno, pero mejor que aquí ya estaremos.

—Pues andando. ¿Por dónde se va?

—Aguarde un momento, señorito, que vamos al contao. —Oye tú, Jerón, arrecoge los cofres del señor Marqués y líevalos al molino pa cargarlos en el carro.

—Diquié que el sol no se espavile no pué ser. Sabe Dios aonde los habrá soltao el furgonero. Cualquién topa con ellos en esta tinieblura—contestó el interpelado.

—¿Y no ha traído na á la mano el señorito?

—Ya lo creo que traía; pero mi señor criado, que venía en otro departamento con las maletas y las sombrereras, ha tenido por conveniente dormirse y todo se lo ha llevado el tren. ¡Sabe Dios dónde irá á despertar y cuándo volverá con esos chismes! Así, que no hay que llevar sino un baúl mundo grande de cuero. No tiene pérdida, pues está guarnecido con cantoneras doradas y tiene mis iniciales en la tapa.

—No, no hay cuidao, que no habrá otro—contestó el guarda.

—Pues ya lo sabes—dijo Juan; y dirigiéndose á Vierzanes, prosiguió: —Tírese el señorito detrás de mí y vamos al molino. Tú, Jerón, trae acá el farolico, que más falta nos hace á nosotros.

Juan delante y el Marqués detrás echaron á andar, tan pronto tropezando en una piedra como enredándose en un matorro; aquí zampándose en un charco y más allá hundándose en el barro.

Así avanzaron durante unos diez minutos entre indicaciones y consejos del primero y reniegos del segundo, contra la obscuridad, contra el piso, contra la compañía del ferrocarril, contra el viento, contra el farol que, sin iluminar el suelo, no servía sino para deslumbrarle, no dejándole ver otra cosa que su morcicua y oscilante llama.

Al cabo de ellos se paró Juan y dijo:

—Mucho cuidao ahora, señor Marqués, que tenemos que echarnos por la cuesta abajo y es mu pina y resbalosa; y si se le escurre un pie va derecho al Ramblazo.

—Era lo único que faltaba—gruñó Vierzanes cada vez de peor humor.—¡Vaya una tierra de cristianos!

—Pise usted de tacón y arrempuje duro pa hincarle en el barro sin mico de emporearse los botitos, porque si no resbala mucho esta laera.

—Ya, ya lo veo; digo, eso quisiera, verlo. Pero hombre, si parece que han untado el suelo de jabón.

A duras penas, echándose atrás, afirmándose en los talones y haciendo esfuerzos para que el peso del propio cuerpo no los arrastrara con mayor velocidad de la conveniente por la violenta cuesta, que merecía el nombre de despoñadero y parecía empujarles por detrás en las espaldas, bajaban Vierzanes y su guía, faldando la vertiente de un barranco, si no muy profundo, sumamente estrecho, agrio y pedregoso, en lo hondo del cual mugían las aguas del crecido arroyo con estruendoso fragor, producido por la torrencial corriente al saltar embravecida la presa del molino, cuya máquina dormía silenciosa desde que al primer embite de la avenida, rota en mil pedazos, fuese la rueda río abajo arrebatada por las aguas.

—Pues señor, ésta parece una expedición dantesca, y este hoyo la bajada al infierno—dijo Vierzanes agarrándose á tientas á una mata de la parte ascendente de la ladera, en la cual no dejaba de apoyar la mano buscando instintivamente irregularidades ó plantas á que asirse por si faltaba el inseguro y precario apoyo que los pies procuraban.

La lobreguez de la noche impedía ver el fondo de la hondonada; lo rápido y agrio del descenso agigantaba en la mente la profundidad de él; el resonar del agua en la concavidad de la quebrada amplificaba esta impresión; y la idea de que allá en lo hondo corría el torrente, daba proporciones de desmesurada sima á lo que no era sino encajonado valizuelo ahondado por las aguas en el transcurso de los siglos.

Al salvar una revuelta de la estrecha senda, se presentó á la vista de los caminantes el molino. A través de su portón, abierto de par en par, veíase una gran lumbrada ardiendo en el hogar cobijado por enorme campana; mas desde fuera no se advertían tales detalles, pues el resplandor de la llama, obscureciéndolo todo, sólo dejaba ver el rectángulo brillante que la puerta encuadraba, destacándose sobre la mole formada por el edificio, aún más oscura por lo inmediato del contraste que la masa de sombra que llenaba el barranco. Al difundirse la claridad que de allí salía sobre los objetos más próximos, iluminábalos imperfecta y fantásticamente, dejando ver una parte del desmedrado puente que, estrechándose con lo violento de la corriente, y muerto de miedo, temblaba desde los pies derechos hasta la barandilla, transmitiendo sus terrores á quien para llegar al molino se aventurara en él, sintiendo bajo el frágil tablero la impetuosa avenida que casi lo rozaba.

Quebrábase la imagen de la llama rojiza en las movibles ondas, lanzando temblorosos destellos, tan pronto encendidos como extintos, y así aumentaba la medrosa impresión producida por el revuelto y

tumultuoso fluir del torrente en medio de aquellas tinieblas fugazmente desgarradas por los intermitentes reflejos que las chispas desprendidas de la hoguera arrancaban del hincado lomo del arroyo, fingiendo fuegos fatuos zarandeados por el ondular del agua. Los rayos que salían por la puerta, los reflejados en la líquida vena y el resplandor que allí en lo alto del molino coronaba la enorme chimenea, rodeaban al edificio de una difusa aureola, alumbrando tan desigual, irregular y escasamente el fondo del barranco, que aún era superior la tétrica impresión de lo imperfectamente visto que la producida antes por lo sospechado.

—Mucho ojo, señorito—dijo Juan al entrar en el puente.—Aguarde á que haiga yo pasao, pues me parece á mí que estas tablas no puen con los dos, y trinquesse bien al barandal.

Distaba mucho Vierzanes de ser cobarde, y sin embargo, no pudo evitar que un ligero temblor sacudiera su cuerpo cuando en medio del puente sintió la oscilación de éste bajo sus pies, viendo correr las aguas con velocidad vertiginosa y arremolinarse junto á los débiles estribos; pero reponiéndose inmediatamente avanzó despacio, pues parecía que una pisada un poco fuerte bastaba para hundir la combatida armazón de mal trabadas tablas y vigas medio podridas, y salió al cabo á la orilla donde se hallaba el molino, entrando en la cocina de éste, entonces completamente desierto.

—Aquí somos los amos esta noche, señor Marqués. Arrímese al fuego y caliéntese un poco.

—¿Pero no vive aquí nadie?—preguntó Vierzanes.

—Sí señor; pero esta tarde, cuando reventó la nube y emprendió el Ramblazo á subir y á hacer barbaridades, y la rueda se hizo peazos, y el molinero vido que el agua iba aupándose y aupándose, y que se había metido en el corral, y que se llevaba las gavilleras y los bardales, y que la turboná arrempujaba más y mejor, tuvo mico por la parienta y los mocosos y se los llevó á toos al pueblo en los borricos.

—Pero, ¿y ahora, sigue creciendo el río?

—Cá, no señor; dende anocheo no sube, y ahora cuando lo hemos pasao: estaba ya más bajo que en denantes.

JOSÉ DE ELOLA

NOCHE DE INVIERNO

En copos cae la nieve; retumba el aire; ¡qué triste se halla el cielo! ¡qué frío hace! en el hogar la leña ya apenas arde; ¡ay, desgraciado el que en noches como esta no tenga amparo!

El mar está revuelto, rugen las olas y furiosas se estreñan contra las rocas, dejando entre sus picos blancas coronas; ¡ay, pobres naves las que en noches como esta surquen los mares!

El huracán bravo ruge furioso; en el bosque cercano se escucha al lobo, que al pobre pastorcillo pone medroso; ¡ay del viajero que siga en estas noches su rumbo incierto!

La calle está desierta, nadie la cruza; sus hogares las gentes ansiosas buscan, y ante el fuego recuerdan triunfos y luchas; ¡ay del mendigo, si pide en estas noches para sus hijos!

Navegante que sureas el mar revuelto, desiste de tu empresa, vuélvete al puerto; tus esfuerzos redobla, da fuerte al remo, llega á la costa, que allí tus pobres hijos tristes sollozan.

Viajero que tu senda cruzaes rendido, de una luz tras los montes se observa el brillo; allí tendrás reposo, lecho y abrigo; llega allí pronto, que ya el aullido se oye del fiero lobo.

Mendigo que á la puerta de un gran palacio, del frío te preservas con tus harapos ó inútilmente á todos tiendes la mano. ¡Oh no te acuerdes del que en mullido lecho tranquilo duermes!

No pienses que el mundo hay poderosos que en fastuosas orgías tiran el oro; no pienses que hay hoteles, palacios, tronos... tan sólo piensas que á los buenos y humildes un Dios los premia.

En copos cae la nieve; retumba el aire; ¡qué triste se halla el cielo! ¡qué frío hace! en el hogar la leña ya apenas arde; ¡ay, desgraciado el que en noches como esta no tenga amparo!

LUIS BRUN